

REGÜEL- DO DIVI- NO

NARRATIVA

29/3/2018

VELÁZQUEZ



El vino golpea y se desliza desde las paredes de las copas como Kim Yu-na sobre el hielo: con naturalidad y fluidez, como una causalidad inequívoca, con la magia del río heraclítico.

Un vaso de vino, ostensible sobre las mesas familiares y los altares eucarísticos, une y desune con elogios y contradicciones a quienes decidan relajarse en su lecho.

De múltiples colores, repleto de connotaciones históricas y sabores senestésicos, el vino comulga con lo mundano del placer y cierne sus influjos sobre los hombres y las mujeres que ofrezcan menor resistencia.

El vino... elixir de los dioses. Sobre ellos no existen historias fraudulentas, o tal vez sí, pero se escriben en tinta invisible y se leen en lenguas muertas, o que susurran. Una que siempre cuento en las reuniones tiene que ver con el patán de Zeus.

Antes de comenzar mi relato suelo invitar a todos los asistentes a beber una copa de vino con los ojos cerrados y los sentidos despiertos. Hacemos unos ejercicios de relajación física y de respiración consciente para ponernos en la piel de los olímpicos. Una vez que entramos en clima, les cuento la historia que más enfurece a Zeus. No dejo lugar a interpretaciones sobre la marcha y en ningún caso hablo de hipótesis. La dinámica del relato, para que sea efectiva, requiere de toda la fantasía y pureza de suspicacias.

No tenemos registro fehaciente ni datos comprobables acerca de cómo era el proceso de fermentación, por caso, o la madera seleccionada para la conservación de la bebida que preferían los Titanes, pero sí sabemos que organizaban suntuosos banquetes.

Los encuentros se dividían en varias etapas, en donde fluían el vino y los besos de lengua. A las tertulias míticas no faltaban ni la vanidad ni los viciales obtenidos de la producción vitivinícola de Dionisio, principalmente, que vivía en una isoterma de privilegio. En el extenso terreno olímpico, el dios de la vendimia producía grandes cantidades y se cobraba los favores obteniendo permisos.

Pero *los puntos sobre las íes* los ponía el siempre infalible Zeus. El esquirol más estoico del plano superior. Si bien no era precisamente una huelga de hambre lo que congregaba a los demás dioses, se ofuscaban ante la merma, fruto de la angurria. Rebasando sus caudales, reserva suficiente de energía, se dormían en las nubes provocando una tormenta en Tailandia o vomitaban sobre Siria unos misiles ácidos y, cuando caían rendidos, con sus manos azotaban poblaciones que nada tenían que ver con el festín. Pero el hijo indómito de Cronos, amante del buen vivir, embriagado de poder, padre de todos los dioses, no tenía basta.

Hasta el día de hoy, las fechorías del supervisor del universo nos sodomizan y lejos está de gratificarnos con su deceso. Detenerse es morir, entonces ¿dónde florece la diversión del todopoderoso?

El dios del trueno había mandado a matar a todos los artistas que quisieran representar su furcio. Eliminó del mapa a Aristófanes para que nadie se riera en el

teatro y liquidó de angustia a Rembrandt; asesinó las ideas originales de Sófocles y lo obligó a ridiculizar a Edipo, para desviar la atención.

Zeus, beodo, hizo de lo que hizo: fue infiel, impío, arrogante, testarudo, tramposo, ambicioso, abusivo. Su linaje no le confiere homenajes.

En cada uno de sus raptos, emborrachaba a las ninfas del agua haciéndolas nadar en vino blanco. No le rendía cuentas a nadie porque, al fin y al cabo, para algo se había autoproclamado rey de reyes.

Pero hasta el momento de su desintegración, lo acechó su mancha más grande, la uva derramada que ensució sus blancas túnicas.

El castigo surgió del desdén hacia su propia decadencia: la naturaleza, terca protagonista de la evolución, se encargó de despojar a las deidades de sus talentos y Zeus enloqueció. Bien sabido es que el apogeo nunca dura lo suficiente. Ludita contra sus propias creaciones divinas, se resignó a ver el ascenso de cualquier hijo de vecino en el escalafón -incluso sus propios hijos, o parientes relaciones indirectamente- y no lo pudo tolerar.

Zeus -caprichoso y sucio por sus travesuras, ávido de recuperar el venerado puesto que sentía que perdía- se las agarró con Sísifo, condenado a un estúpido y eterno castigo a su fuerza, su astucia y su visión. Algunos podrán decir que tenía bien ganado ese sufrimiento, por obstinado.

Lo cierto es que todo el mundo se burló de Sísifo, posteriormente. Incluso le sirvió de excusa a Camus para hacerse famoso y justificar su obsesión por el suicidio o postular el sinsentido que conlleva estar vivos.

El gran problema de inmiscuirse en los asuntos de la gente popular es que el escarmiento puede adoptar formas muy desleales. Sísifo era muy querido por aquellos lares. Era evidente que todos habían caído bajo el influjo de sus poderosas mentiras y habían aceptado sus dádivas para tenerse un poco más de estima. Nadie en la comarca dudaba del atroz acto cometido por Zeus, un dios delirante y dipsómano venido a menos, ¿quién sino él podría beneficiarse de la ruina de uno de los hombres más amados por los simples?

Zeus notaba que los rituales ya no duraban tanto y las alabanzas eran leves, silenciosas, culposas. Las curdas del ególatra ser celestial se prolongaron y ya nadie podía tenerlo cerca sin pedirle que se alejara. Y lo vieron flaquear, lo vieron de rodillas -al costado de su trono brillante-, quejándose de su suerte y reprochándole a alguien quizás más grande que él que la vida no le sonreía.

Mientras intentaba levantarse de un charco de vino -vestigio de juerga solitaria- apoyó el codo sobre la rodilla derecha en un inútil esfuerzo humano, Zeus eructó.

Algunos dioses que andaban por allí aseguran que no fue un regurgito. Decían que en realidad se tapó la boca -ridiculizado y avergonzado, en jaque su orgullo-, para suplicar el perdón de Rea.

Todos nos reímos en voz baja.

Cuando se apagaron las risas, miramos de reojo hacia el cielo esperando los relámpagos.